

# LAS CRUCES ROADAS

Por AMBROSIO SANZ

**S**IEMPRE es interesante la contemplación de los monumentos antiguos. En ellos palpita aún algo del espíritu de aquellos que los levantaron; en su mudo lenguaje nos hablan de sus preocupaciones, de sus ideas y sentimientos, de la complejidad de sus instituciones, de las dependencias que en su obrar tuvieron con los hombres que les habían precedido y de las influencias, ejercidas a su vez por ellos, sobre los que les siguieron y reemplazaron.

Una moneda suele reflejar admirablemente la historia del tiempo en que fué acuñada, y una colección, v. g. de las españolas desde el 68 a nuestros días, nos dará perfectamente en compendio la historia contemporánea; del mismo modo una colección de cruces del antiguo cristianismo nos dará un índice de la antigua piedad cristiana, de su cultura y de sus preocupaciones.

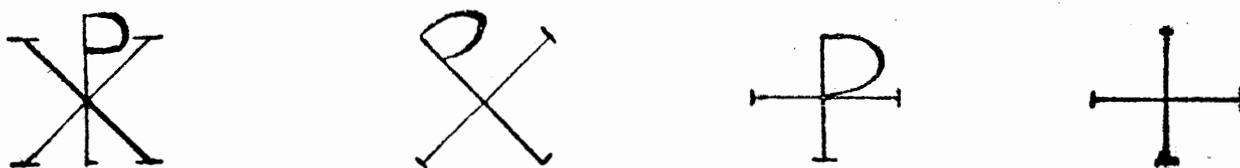
La cruz refleja, en efecto, en sus distintas formas las distintas circunstancias de las sociedades que ella estructuró, los distintos ambientes que respiró, los distintos sentimientos que en el correr de los siglos emocionaron a sus fieles.

Queremos en este artículo referirnos a una clase de cruces primitivas, muy en boga en los siglos VI y VII y aun en el VIII. Sin que queramos pretender fueran únicas en la liturgia de la Iglesia durante aquellos siglos, no se nos podrá negar que tuvieron un uso universal y se utilizaron con profusión de variadas formas <sup>1</sup>.

1. Para acreditar tal extremo, fundamental en este estudio, permítaseme una somera enumeración de las distintas cruces roadas que recordamos: a) las que aparecen troqueladas en multitud de monedas, tanto de Justiniano como en monedas vándalas

Sean de forma griega o latina, convienen todas ellas en mantener en su porción del árbol vertical superior la letra P (*rho*), segunda inicial del nombre griego de Cristo (*Christós* o *Xristós*), razón por la cual las hemos denominado «roadas», neologismo que se nos dispensará en gracias a la exactitud de la denominación y a la necesidad de fijarlas y contraponerlas a las demás.

Coincidiendo dichas cruces, en medio de su profusa variedad, en la P, más o menos clara, o más o menos disfrazada, que ostenta en el



brazo vertical superior, concurren también todas ellas en ser una reproducción y supervivencia cruciforme y sobre todo de la letra P, enclavada en su brazo superior, como segunda inicial del nombre de Cristo <sup>2</sup>.

y longobardas (véase CABROL, *Manuel d'Archéol. Chrét., Chrisme*); b) algunas cruces de las catacumbas de Pretextato; c) el mármol de San Apolinar Nuevo en Ravenna (véase HOPENHOT, *La Messe*, p. 90); d) la estatuilla de San Pedro en el Museo de Berlín; e) las inscripciones de Capua; f) las de Cesárea de Arles (CABROL, *ib.*); g) las del pupitre atribuido a Santa Radegunda; h) la del epitafio de Foedula, bautizada por San Martín de Tours; i) una multitud de epitafios de Tréveris; j) *íd.* de Aquileya y de Génova; k) el sello de una bula de María, hija de Estilicón, mujer de Honorio; l) la plancha XVIII del Museo Pío Lateranense; m) la cátedra episcopal de San Gaudioso, en Nápoles; n) el sarcófago de Ravenna, relacionado por GARUCCI, *Storia dell'Arte Crist.*, pl. 387, n. 8; o) la reseñada en *Summa Artis*, t. VII, p. 83; p) la del Museo Pío Lateranense, pl. XXVII, número 3.

Por lo que hace a España: a) algunos epitafios de Mérida, v. g. el de Octavia; b) varias inscripciones de la Necrópolis de Tarragona.

En Francia: a) el facistol de santa Radegunda, monasterio de Santa Cruz de Poitiers; b) la losa funeraria de Vix, a 6 kl. de Chatillon-sur-Mer; c) el altar de Dagnolo (FLAURY, *La Messe*, t. II, p. 142); d) el relicario de construcción bizantina de la catedral de Aquisgrán (ROTH, *Cultura del Imperio Bizantino*).

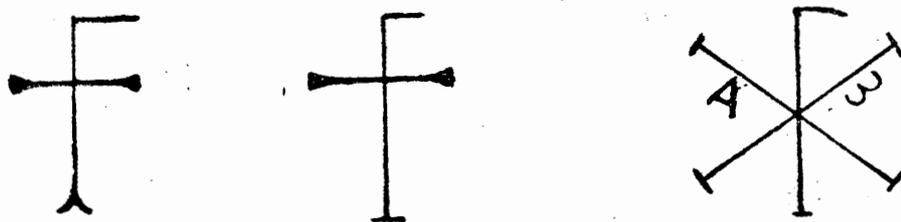
En Africa: a) un capitel de Sidi Mabrouk; b) la pintura absidal de Bawit (Egipto Medio); c) un hipogeo cristiano de Afrodísias en la Cirenaica; d) una lámpara cristiana encontrada en Cartago («*Revue d'art chrét.*», 1892, p. 136, fig. 696); e) las estelas de Erment; f) la basílica de Medidi en Túnez; g) Bulla Regia («*Revue Tunisienne*», 1916, p. 32, fig. 6), etc.

En países orientales: a) en muchos monumentos de Siria Central, v. g. en Serdjilla; b) en Koknaya; c) en Delfos; c) en un basalto gris de Zebed; d) en la colección cristiana del Museo Británico. Las citas podrían multiplicarse fácilmente.

2. Damos por conocido el hecho de la nueva modalidad, que, dentro aún del mismo tiempo de Constantino, aunque al final de sus días, revistió el famoso anagrama, compenetrándose en un mismo trazo uno de los brazos de la X con la P, y permitiendo exhibir de esta suerte la cruz, y que por esa razón ha sido llamado «cruciforme». De él traté, aunque no con la merecida amplitud, en «*Miscelánea Comillas*» n. V, 1948, *El Jitismo en la Cruz*.

Se ha de recordar que el anagrama cruciforme estaba formado por el mismo anagrama constantiniano, sólo que un poco ladeado puesto que su X (X) había fusionado uno de los brazos con la R<sup>3</sup>. Pues bien, la P del anagrama constantiniano pasó a estas cruces, y en ellas se encuentra durante varias centurias, visiblemente primero y después de una manera rudimentaria, sorprendentemente asociado a la cruz.

Son muchas las cruces que de esta época conservamos y su número va creciendo constantemente, al compás y ritmo con que se van descubriendo nuevos monumentos de aquellos siglos.



Ante la profusión de tantos casos bien podemos concluir que obedecían a una modalidad ritual, sostenida durante algunos tiempos en la Iglesia. Buscar las razones de esa modalidad, penetrar en su significado, en el porqué de su aparición y desaparición, no deja de tener interés para toda persona culta y mucho más para el arqueólogo cristiano.

Lo externo es siempre expresión de lo interno; y esas cruces roadas se nos presentan exteriormente en esta forma porque son manifestación circunscrita del estado de aquellas cristiandades y de sus preocupaciones y de su devenir en aquel momento del tiempo, que por esta causa pueden estudiarse en ellas reflejadas: eso intentamos demostrar.

Para esto nos será necesario ir estudiando detenidamente los siguientes puntos: 1.º Composición de dichas cruces. 2.º Su significado. 3.º El porqué del mismo, ya tan alejado del nuestro. 4.º Razón de la desaparición de dichas formas y de su suplantación por otras. 5.º Influencia que, no obstante, ejercieron sobre las formas que las orillaron. 6.º Razón de la ausencia de efigie. 7.º Razón de ser de la configuración de sus brazos.

3. La fusión se verificó en la forma que indica la adjunta figura y tuvo sus precedentes en formas intermediarias que pueden verse en De Rossi, *Roma Sotterranea*. Uno de los ejemplares más interesantes de estas formas intermediarias la contiene la copa de vidrio de Chatillon-sur-Mer.

### Composición de las cruces roadas.

Sean cruces latinas o griegas, desde luego su fundamental componente es la cruz. No es ya un símbolo o signo, no es la X manifiesta, sino una figura que nos recuerda la cruz del calvario. La X que tantos años había sido venerada como signo de cruz, había cedido su puesto a la misma cruz.

Pero diríase que el fiel busca aún en ella el nombre de Cristo, que por tantos siglos veneró; no lo ve, y le cuesta desprenderse de él, y si la X ha derivado a Cruz, quiere que al menos subsista la segunda inicial que reemplace a la primera del nombre amado, y sobre la antigua X, transformada en cruz, mantiene y enclava la P <sup>4</sup>.

De que esa figura circular existente en las cruces roadas es la P (*rho*), no puede dudarse; y es argumento incontrovertible que en el mismo imperio oriental, y como efecto de su romanización, encontramos frecuentemente cruces roadas en las que figura, no ya la P, sino su sustitutiva letra latina, esto es la R <sup>5</sup>. No cabe duda, por tanto; el aditamento circular de su porción superior es la segunda inicial del nombre de Cristo, y la cruz sigue aún significando *Xristós*. La cruz está manifiesta, como antes en el anagrama lo estaba la X; pero como antes en ella se ocultaba la cruz, ahora se oculta en la cruz la X. De ahí su conformación y configuración «jítica», que nos recuerda en sus extremidades la letra latente; de ahí, el uso tan frecuente de la cruz griega, en que se refleja más que en la latina su configuración de *ji* (o *chi=X*). El Cristianismo de estos siglos, lejos ya de los horrores de la cruz, de la que ya no tenía más recuerdo, desaparecida como suplicio, que el que le proporcionaba la del Redentor, llevado del mismo espíritu que las cristiandades que le habían precedido, consigue que la cruz se trasparente más aún y acaba de configurar el anagrama en forma de cruz; y en la cruz queda latente la X; y como en la cruz griega, ésta se revela aún más, de ahí la profusión de cruces griegas que en aquellos tiempos encontramos.

4. Aunque suelen ser muy parcos los autores eclesiásticos (fuera de San Paulino de Nola), al hablar de la cruz, sin embargo en alguno de ellos se sorprenden expresiones del uso entre los cristianos de estas cruces roadas. Así v. g. pregúntase S. Efrén: «¿Por qué figuramos la cruz y ponemos en ella la letra P?»

5. Hay casos en que se ofrece duda de si el rabillo inferior de la P es un capricho o fantasía del amanuense o artesano o más bien por el contrario es ya una R. Sirva de ejemplo el del fascitol de Santa Radegunda; pero otras veces no ofrece duda, su carácter de letra R latina es cierto. Tal acontece en las cruces de una inscripción de Asia, traídas por Vouglé, *Asia central*, pl. 151.

Está en ellas viva y palpitante la segunda inicial de Cristo, junto a su perfecta forma de cruz. Son cruz, pero también, no menos, restos del anagrama. Véase, si no, que los brazos de la cruz están siempre conformados al modo que los trazos de las letras<sup>6</sup>. Detalle inadvertido, pero no menos real. Las cruces todas de este tiempo van configurándose al módulo y gusto del tipo de letras propias de las inscripciones contemporáneas. Las formas que adoptan los trazos de las letras son las que toman también los brazos de la cruz; y es que la cruz sigue siendo calladamente y simbólicamente otra letra, la inicial del nombre griego de Cristo, esto es, la letra X. De ninguna otra manera se explicará la paridad entre los brazos de la cruz y los trazos de las letras de las inscripciones; la cruz sigue siendo el trazo vertical de la letra P y por eso se configura como ella, es decir, que en la cruz siguen latiendo y viviendo las letras del anagrama y por el anagrama el nombre de Cristo. Cruz y Cristo siguen de esta suerte fundidos e inseparables en la cruz.

### *Su interno significado.*

Sentado el que la cruz roada sigue teniendo constitución anagráfica, no es ya difícil penetrar en su interno significado. Por la cruz son las cruces roadas signo de la redención, por el anagrama siguen siendo signo del nombre de Cristo y de su imperio y realeza en este mundo; son cruz con todas las atribuciones y significaciones propias del signo del cristiano; pero son también iniciales de Cristo, con todas las significaciones y excelencias propias de este divino nombre.

Estas cruces roadas son la prueba más palmaria de la intrínseca significación de la cruz y del sentido que en la liturgia tenía la regia majestad en estos siglos. La cruz era el trono de la regia persona de Cristo, era el signo de su victoria y su real estandarte<sup>7</sup>.

Y esta doble función en tales cruces, de anagrama y de cruz, nos

6. Los ejemplos podrían multiplicarse. Quiero citar tan sólo la plancha publicada recientemente por NAVASCUES, *Epigrafía cristiana extremeña*, en «Archivo Español de Arqueología», n. 69, p. 284.

7. No abundan ejemplos de que fuera ya en estos siglos puesta la cruz en lo alto de un asta a la manera que había sido llevado el lábaro. Muy racional, con todo, es y conforme al himno de Fortunato. Sin embargo, la cruz manual, signo, al parecer, de autoridad, es llevada por el Obispo Maximiliano en la mano, en el mosaico de la corte de Justiniano de San Vital de Ravenna; pero en el frontal de Vich, muerte de San Martín, y en el marfil famoso de San Millán, la cruz litúrgica está enarbolada en la mano con el auxilio de un breve pie.

va a hacer posible el darnos explicación cumplida de una serie de particularidades en las que no creo que se hubiera hasta ahora reparado.

En primer lugar, el advenimiento de la cruz griega. La cruz griega es hija de la X y abrigó más acentuadamente el carácter de su progenitora. Tenemos, en efecto, cruces roadas tanto griegas como latinas. En las cruces griegas está venerándose aún claramente el nombre de Cristo.

El significado de símbolo del nombre de Cristo, adherido a la cruz griega, fué lo que causó su recepción y pervivencia en el cristianismo, no obstante su alejamiento de la cruz del calvario; y quedó tan arraigado su uso que sigue aún subsistiendo.

Del mismo modo nos podemos explicar la utilización unas veces de la cruz latina y otras de la griega merced a esa doblada significación, unas veces anagramática del nombre de Cristo y otras de signo de cruz redentora. En la cruz llamada griega sentía más vivamente el fiel el nombre de *Xristós* latente en ella, ya que se acercaba a su inicial inmensamente más, y por lo tanto sentía en la realeza de su nombre mucho mejor sensibilizado el imperio espiritual de su reinado; en cambio, en la cruz latina, por acercarse más a la cruz redentora, se le representaba más al vivo su redención y su victoria omnímota sobre los dioses paganos, la muerte y el infierno. Llegaron después tiempos en que fué para el cristianismo lo mismo una cruz que otra, y naturalmente fué consecuencia de los determinantes para la elección de una o de otra el mejor o peor efecto artístico, el lugar donde debía figurar, las preferencias del fiel o del artista.

Esto mismo nos va a dar también explicación de otro fenómeno, que advertimos en el uso de estas cruces roadas, y es el de que, pasado el tiempo del anagrama cruciforme, las roadas son casi siempre cruces latinas.

Era ésta, en efecto, la más alejada de la X y, en consecuencia, de la significación de su nombre, y de ahí la necesidad de que subsistiera en ella la segunda inicial, único modo de evitar que desapareciera también en ella su interno significado de nombre real de Cristo. Es decir, que era su «jitismo» interno el que producía aquella conformación que ahora nos puede causar extrañeza.

Pero esta doble función y significado de la cruz estaba en ellos íntimamente fundida y compenetrada, y de una sola mirada veían Cristo y redención, cruz y reinado; era el grito de San Pablo y su valiente confesión el que estaba materializado en aquella suerte de cruz: *Praedicamus Christum et hunc crucifixum.*

Hoy para nosotros esa rho (P) en el árbol superior de la cruz, es una distracción; pero para ellos era un excitante del nombre de Cristo y de su persona latente en la cruz: de su persona real y crística, decorada con su imperio sobrehumano, victorioso y sempiterno. *Vexilla Regis-prodeunt* (Sale el real estandarte), pronunciaban los fieles entusiasmados alrededor de aquellas cruces <sup>8</sup>.

*¿Está ya un tanto alejado de nuestra cruz ese significado?*

Ciertamente he de confesarlo, pero no en desdoro de la Iglesia y de sus dogmas, sino como confirmación de su institución divina y de la inmutabilidad substancial de sus instituciones y de su admirable adaptabilidad a toda suerte de circunstancias. Uno es el dogma, pero dentro de ese mismo dogma la piedad y la liturgia van teniendo sus preferencias, y cambian al compás de las circunstancias en la elección de sus diversos aspectos, y los acomodan a toda suerte de culturas y de climas sociales.

Dichas formas roadas desaparecieron, pero no bruscamente, como nos lo permiten ver algunos ejemplares encontrados en el hipogeo de Poitiers y en algunas laudas de Erment.

En la lucha entre la visión natural de la cruz y su configuración simbólica, fue ésta orillada, del mismo modo que lo sería después en otras de sus modalidades y sobre todo en la distinta morfología del crucifijo. La P, en consecuencia, fué eliminada, más o menos paulatinamente de la cruz. A ello contribuyó no poco la misma tendencia a la simplificación de nombre y de cruz, simplificación que encontró a poco el cristiano en los siglos posteriores en la cruz, que llamaremos radial, y que fué la llamada a absorber las formas anteriores.

Otro hecho también característico es la frecuencia con que en adelante encontramos cruces latinas, que son las más afines a la cruz histórica del calvario.

Pasadas las principales herejías, que se revolvían contra la divinidad del Señor, se había alejado el peligro de que la infamia, que provenía del suplicio de la cruz, oscureciera la divinidad de la persona. El timbre real de la persona podía sin peligro ceder su paso a la cruz. Y este es el

8. La expresión «Ya sale el real estandarte», del himno de Fortunato, no es simplemente una metáfora aplicada a la cruz, sino expresión propia y literal aplicada a la cruz, verdadera enseña de realeza y de victoria.

momento interesante en que se verifica. El anagrama cruciforme se convierte en cruz más manifiesta aún, con peligro de que la inicial y el nombre de Cristo queden menos reflejados. Momento crucial que no en una hora dada, sino en momentos sucesivos, impuestos por las circunstancias, va sustituyendo una forma por la otra. En la liturgia ha irrumpido un nuevo modelo de cruz.

Recuérdese que el cristiano anheló siempre la cruz; y que si la veneró en símbolo y oculta bajo un signo, fué por imposición de las circunstancias que así lo demandaban; y que, en cuanto éstas desaparecieron, se exteriorizó y se manifestó la cruz en su verdadera forma. Y esta misma fuerza fué la que poco a poco fué orillando el anagrama por tantos siglos latente y perviviente en la cruz del Redentor <sup>9</sup>, fenómeno real pero no siempre advertido.

### *Sustitución de formas.*

Sobradamente habrá ya adivinado el lector el porqué de la suplantación de unas formas por otras; de ahí que poco tengamos que decir sobre este punto.

La cruz, y es necesario recordarlo, tenía, sobre su aspecto de reproducción de la cruz de Cristo, el de signo y símbolo de la fe cristiana, y de representación sensible de su imperio espiritual y redención por él verificada; y el signo y el símbolo están expuestos siempre a la renovación y caducidad de las formas artísticas. La fantasía trabaja en ellas buscando novedad y originalidad. No teniendo necesidad el artista de atenerse a la forma histórica, sino tan sólo a su misión de recordarla, su imaginación goza de amplia libertad en nuevos modelos en los que, sin sentirlo, es influido por los gustos y preocupaciones de su época.

### *Influencia de la cruz roada sobre las formas posteriores.*

La cruz griega era hija directa e inmediata de la X del anagrama y muy parecida en todo a su progenitora y sólo de ella diferente en que

9. La insinuación de que en el anagrama iba de algún modo envuelta la idea de cruz, se lanzó ya por eminentes arqueólogos, y entre otros por De Rossi; con todo, este concepto, tan fecundo en la historia de la cruz, y tan lleno de maravillosas sorpresas, no encontramos hubiera sido desarrollado por ningún otro.

se representaba un poco ladeada. Seguía siendo inicial callada del nombre venerado y cruz, no tan manifiesta como la latina, pero con todo cruz. Existía en ella la doble función de cruz y de nombre, de cruz y de reino de Cristo, y esto, por las razones expuestas, motivó una transformación fecunda en ella. Se suprimió la P, pero fué compensada su presencia por un mayor aproximamiento a la *ji*, que casi había desaparecido en la cruz latina y fué configurada en adelante la cruz como una *ji* sencilla, como cruz griega, y el pueblo cristiano, llevado de sus directores, aceptó en la liturgia esta forma de cruz, que llamamos radial, por estar formada por cuatro radios que convergían en su centro al modo de la *ji* y que, al llevarla levantada procesionalmente, en un astil o en la mano, recordaba perfectamente la inicial del nombre de Cristo; veía, por tanto, el fiel en ella fundidos nombre y cruz.

La cruz radial fué aceptada inmediatamente por la Iglesia de Occidente y sobre todo litúrgicamente fué la preferida y quién sabe si la única en la Iglesia de Occidente. A ella pertenecen las cruces famosas del Rey Desiderio y de Cataldo, la nuestra famosísima de los Angeles en Oviedo, la de Mansilla de Sierra, la de Burguesillos y las innumerables que en una porción de relieves y marfiles de estas épocas nos ofrece la arqueología, entre ellas la que figura en uno de los marfiles de San Millán de la Cogulla<sup>10</sup>. También hay que citar las que se reproducen en nuestros códices<sup>11</sup>.

No cabe duda, del siglo VIII al X, la cruz se configuró en forma de cuatro brazos enteramente simétricos, que se reunían en su centro formando una letra X en que sus brazos se entrecortaban perpendicularmente. Debíamos por esto haberla llamado «jítica», pero en gracia a la mejor compresión y para evitar los neologismos la llamaremos cruz radial.

Continuadora de la tradición anagramática de la cruz, animada de

10. Conocida es la historia de esta plaquita de marfil, que es resultado de la unión fotográfica de elementos existentes en muy distintos museos y que las manos de los charamileros habían separado. Aunque no fuera más que por darnos este testimonio tan contundente del uso litúrgico de la cruz radial en los siglos medievales, no tendría precio.

11. De estas cruces bellísimas quiero citar algunos modelos siempre gratamente contemplados en las singulares y artísticas viñetas donde se encuentran. La labor del Sr. Domínguez Sánchez Bordona en dar a conocer nuestros antiguos códices, es benemérita. De entre ellas merecen ser citadas, la de las Homilías de Smaragdo en la Catedral de Córdoba, la del Leccionario de la Academia de la Historia, la de la Biblia de la Catedral de León, la del Libro de los Tumbos de Oviedo, la del Beato de San Millán, la del Libro de los Testamentos, la del Códice Emilianense, la del Beato de Silos, etc.

un jitismo tanto interno como externo, preside los sacrificios y asambleas cristianas y es reproducida preciosa y artísticamente en nuestros Beatos, Tumbos y Sacramentarios con las leyendas características que nos permiten penetrar en su verdadero sentido y significación: *Signum Christi Regis*<sup>12</sup>, insignia de Cristo Rey.

El *Signum Christi Regis* no es una ocurrencia del miniador. Es una fijación certera de la significación que para los fieles de su tiempo tenía aquella cruz. Era ciertamente signo de la realeza de Cristo, y tanto como cruz seguía siendo la inicial de su nombre. Por eso no extrañará las dificultades que se experimentaron en la Iglesia y en el uso ordinario de los fieles para la eliminación de dicha *rbo*, ya que acostumbrados a aquel conjunto amado, la echaban de menos en la cruz solitaria, por lo que la sustitución se verificó en algunos sitios lenta y gradualmente, unas veces empuqueñeciéndola hasta casi lograr pase inadvertida, otras reforzando la cruz vigorosamente y suavizando por el contrario la P o la R, según tuviera adherida la una o la otra, otras empuqueñeciéndola y debilitándola a la vez, y finalmente a veces no dejando de ella más que una alidada o vírgula superior<sup>13</sup>, que hizo creer a algunos que en las tales cruces se trataba de un dispositivo dispuesto para la colocación de una lucerna, confundiendo tales cruces con las llamadas lucernarias y de las cuales nos quedan algunos ejemplares, si no manuales, sí por lo menos en algunos de los mosaicos de las basílicas más antiguas.

De este modo la cruz roada cedió su puesto a la radial, a la manera que el anagrama cruciforme había ido cediendo el suyo a la cruz roada, y el anagrama constantiniano había hecho el honor de entronizar en el suyo al cruciforme<sup>14</sup>.

### *Ausencia de la efigie del Crucificado.*

Otro fenómeno que debemos estudiar en estas cruces es la ausencia omnimoda de efigie del Crucificado, fenómeno que es común a todas las cruces de estos siglos, y es natural y obvio, porque ni se encuentra

12. Esta leyenda se encuentra tanto en la cruz del Leccionario de la Academia de Historia, como en la Miniada del Fuero Juzgo.

13. Véase en la pág. 249 un esquema de dicha figura, que reproducimos gracias a la amabilidad del P. Camilo García, S. J., Director de «Miscelánea Comillas».

14. *El Jitismo en la cruz*, «Miscelánea Comillas», V, 1948, y *Un nuevo caso de Jitismo*, ib. VII,

reclamada por la historia de estas cruces, ni exigida por su significado, ni admitida fácilmente por su misma figura <sup>15</sup>.

Fué también la ley de la inercia la que tuvo parte en la carencia de efígie crucificada. El *signum fidei* que fué derivando a cruz en el primitivo cristianismo, el anagrama constantiniano, molde y precursor de toda suerte de cruces en el arte, no la había tenido, y en consecuencia había sido también desconocida por las cruces que de él se derivaron. Nada debe extrañar que, en consecuencia, también carecieran de ella las cruces roadas y radiales, más estando llenas como estaban de la significación del nombre de Cristo.

Ni en la Cruz del Rey Desiderio, ni en la de los Angeles, ni en ninguna de las de los Códices mozárabes o de la baja Edad Media, puede adherirse convenientemente la imagen del Crucificado.

Esto debe traernos forzosamente el convencimiento de que las cruces litúrgicas eran, más que signo memorial de la pasión, signo victorioso del reino de Cristo, real insignia de su reino espiritual, confesión de su regio mesianado, expresión sensible de todo el inmenso contenido latente en el nombre de Cristo. De ahí que no reclamaran ni añoraran en ella reproducciones más sensibles y vivas de la muerte y crucifixión del Señor y que no buscaran en la cruz el complemento de una efígie de Jesús Crucificado. Su piedad en dichos tiempos iba por otros senderos y se explayaba por otros litorales y mares, más propios de la condición de la época.

### *Las formas de sus brazos.*

Réstanos ya tan sólo tratar en este somero estudio el porqué de las formas de sus brazos. Los hemos estudiado en cuanto a su configuración integral o de conjunto de forma radial y simétrica, pero nada hemos dicho de la forma que adoptaron individualmente los tales brazos. Las razones ahora no son del todo diversas, pero merecen ser estudiadas desde otro punto de vista. Si fué forma radial porque era una oculta X, por ser también una letra adoptó cada uno de los trazos de las letras.

15. Aunque pueda parecer extraño, es muy aventurado pensar en crucifijos antes del s. x. Todas las cruces anteriores nos han llegado sin efígie del Crucificado y sin señales de haberlo tenido. Su misma factura hace resaltar inmediatamente que están hechas a base de la cruz sola y que rechazan en cierto modo la efígie.

En la de Mansilla de la Sierra por cada uno de los lados de sus brazos está circunscrita por un arco graciosamente desarrollado. En cambio, en la del Rey Desiderio y de Cataldo<sup>16</sup> se encuentran limitados por dos rectas un tanto angulares, que les dan una forma piramidal de poca base y mucha altura. La extremidad de los brazos está seccionada unas veces en arco y otras en recta y de ambos modos suelen estarlo también las letras, pero, sea recta o curva la sección, este detalle no modifica la forma sino muy accidentalmente: la forma sigue siendo radial.

En todos los casos una cosa no podrá menos de sorprendernos: el reforzamiento braquial que, de esta suerte, se obtiene según se avanza a sus extremidades.

Fué estudiado ya este fenómeno en uno de mis primeros artículos sobre la Cruz, titulado *El Jitismo de la Cruz*<sup>17</sup>, y probé sobradamente que provenía de la influencia que en ella ejerció la X del anagrama; por lo que le daba el nombre de «jitismo» y con ese mismo nombre denominaba sus variadas formas.

En las cruces primitivas, puesto que eran un callado y oculto anagrama, se tomaron las terminaciones braquiales de la *quadrata romana*, que fué la forma más ordinaria en que se las había conformado; pero adoptó la cruz pronto las de los tipos priscilianistas con sus características terminaciones isosceladas y luego, cuando dicha isoscelización de las letras se fué corriendo hasta su porción media, se moldearon de la misma suerte andando el siglo vi los brazos de la cruz; quedando de esta suerte convertidos, cuando los contornos eran rectos, en pequeñas formas piramidales y, cuando eran un tanto curvos, en porciones simétricas de superficies cóncavas, que arqueaban graciosamente sus brazos. De unos y otros tipos se encuentran también tipos de letras contemporáneas.

Basta, si no, comparar algunas de las cruces que figuran en las inscripciones de aquellos tiempos con los tipos de las mismas, para echar de ver al momento que no se trata de una vulgar coincidencia y que la cruz es tratada al modo de una letra más. Por más que cueste aceptar la idea, no deja de entrañar profunda verdad. La cruz se configuraba al

16. La cruz de Cataldo lleva en su brazo horizontal el nombre de Cataldo y sus brazos de configuración radial se van reforzando gradualmente a medida que se avanza a sus extremidades. No tiene la gracia ni las delicadas labores con que suelen estar adornadas las nuestras mozárabes.

17. Véase «Miscelánea Comillas», V.

modo de las letras, porque los cristianos de aquellos tiempos vieron en ellas las iniciales del anagrama y nombre de Cristo. Todas las demás razones que se puedan aducir del mejor efecto artístico, de sus semejanzas a los rayos del sol, que siempre recordaban al sol de Justicia, pueden admitirse como ligeras concausas, pero siempre resultarán insuficientes, mientras no tengan esa otra fundamental, de que era tanto como Cruz la inicial del nombre de Cristo, y de que, en consecuencia, se dibujaba y tallaba conforme a las características de las letras de su época. Esto quizás pueda a veces ser preciosa clave para atribuir cruces determinadas a una época o a una región coincidente con sus formas características.

Cuando las cosas del pasado se ofrecen a nuestros ojos y nos conceden el honor de que descansemos un momento en ellas nuestras miradas, pensemos que bien merecen los cientos de años, que de ellas nos separan, el honor por nuestra parte de contemplarlas y luego el de reflexionar sobre sus particularidades y misterios; porque muchas veces acontecerá que, en su lenguaje mudo, nos den benévolutamente cuenta de ellos con inmensa satisfacción de nuestras almas.

